



Pareschi, Ciano, Marinelli, Gottardi y De Bono, acompañados del sacerdote don Chiot, son conducidos al lugar de la ejecución. Era el 11 de enero de 1944. Cianetti, el otro procesado, había escapado a la muerte gracias a una carta escrita a Mussolini.

# EL PROCESO DE VERONA

**D**ICEN que Carlo Lizzani ha tenido que vencer la resistencia de Edda Mussolini, viuda del conde Ciano, y, en principio, reacia al rodaje de un film sobre las negras jornadas del proceso de Verona. Lo cierto es que, finalmente, la hija de Mussolini ha accedido, aunque se haya negado a aceptar la

UNA PELICULA DE CARLO LIZZANI, CON SILVANA MANGANO, SOBRE LA TRAGICA PURGA ITALIANA DE 1944

SIGUE

# CIANO — A PESAR DE LOS ESFUERZOS DE EDDA MUSSOLINI— FUE FUSILADO JUNTO A LOS OTROS CONDENADOS

otra propuesta de Lizzani: interpretar su propio personaje. Será Silvana Mangano quien lo haga.

Como saben nuestros lectores, el proceso de Verona se desarrolló en esta ciudad en los primeros días del año 44. Se juzgaba a los miembros del Gran Consejo Fascista que, en Roma, un día del mes de julio del 43, votaron la caída de Mussolini y la llamada a Badoglio. Liberado el Duce poco después por Skorzeny, el fascismo italiano afrontó una precipitada reorganización. Se había roto la alianza entre el Rey y Mussolini, y había que plantear la República Social Italiana sobre nuevos supuestos.

Uno de ellos fue la «liquidación de cuentas». El proceso de quienes habían pretendido en Roma, sin renegar del fascismo, darle otras estructuras políticas. El secretario del Partido, Pavolini, y unos cuantos exaltados, exigían un inmediato castigo. Un proceso para el que sólo había un desenlace: la pena de muerte.

En Roma hubo muchos votos contrarios a Mussolini. Pero sólo se pudo detener al anciano mariscal De Bono, a Pareschi, Ciano, Gottardi, Marinelli y Cianetti. A este último se le condenó a treinta años, porque, inmediatamente después de la votación, escribió al Duce explicándole que había sido víctima

del maquiavelismo político de los demás. Los otros fueron condenados a muerte, después de tres días de un proceso protocolario, ante unos jueces especialmente elegidos. Basta señalar que, previamente, Pisenti, el ministro de Justicia, declaró al Duce que no existía delito, puesto que los votos habían sido emitidos en el libre ejercicio del derecho concedido a los miembros del Gran Consejo. Era evidente que si la orden del día se sometió a votación, cabía el voto en contra. Quienes así lo hicieron no contravinieron ninguna ley, no incurrieron en ningún delito preestablecido. Más tarde, dictada la sentencia de muerte, el propio Pisenti se en- **SIGUE**





Marinelli había tenido una crisis de histeria durante el trayecto. El octogenario mariscal De Bono logró calmarle. Pareschi y Gottardi iban más tranquilos. Ciano insultaba al Duce, aunque, a última hora, pareció perdonarle. Los presos se sentaron y dejaron que ataran sus manos. Sólo De Bono se resistió. Pero, al final, aceptó. Hicieron falta varias descargas y un tiro de gracia a cada ejecutado.





**KURSAAL**  
barcelona

**PALACIO DE LA MUSICA**  
madrid

**17 diciembre**  
**ESTRENO**



**Esta es la primera película "real" de guerra que Vd. verá**



ESTE ES EL DIA QUE CAMBIO LA FAZ DEL MUNDO... CUANDO AQUELLOS MILES Y MILES DE HOMBRES ASALTARON LAS PLAYAS, CUANDO EL MAR SE CUBRIO DE INCONTABLES BARCOS... CUANDO LA HISTORIA CONTUVO LA RESPIRACION. HE AQUI EL REPARTO MAS FABULOSO DE LA HISTORIA DEL CINE EN UNA PELICULA QUE ES LA MAS GRANDE DE TODOS LOS TIEMPOS.

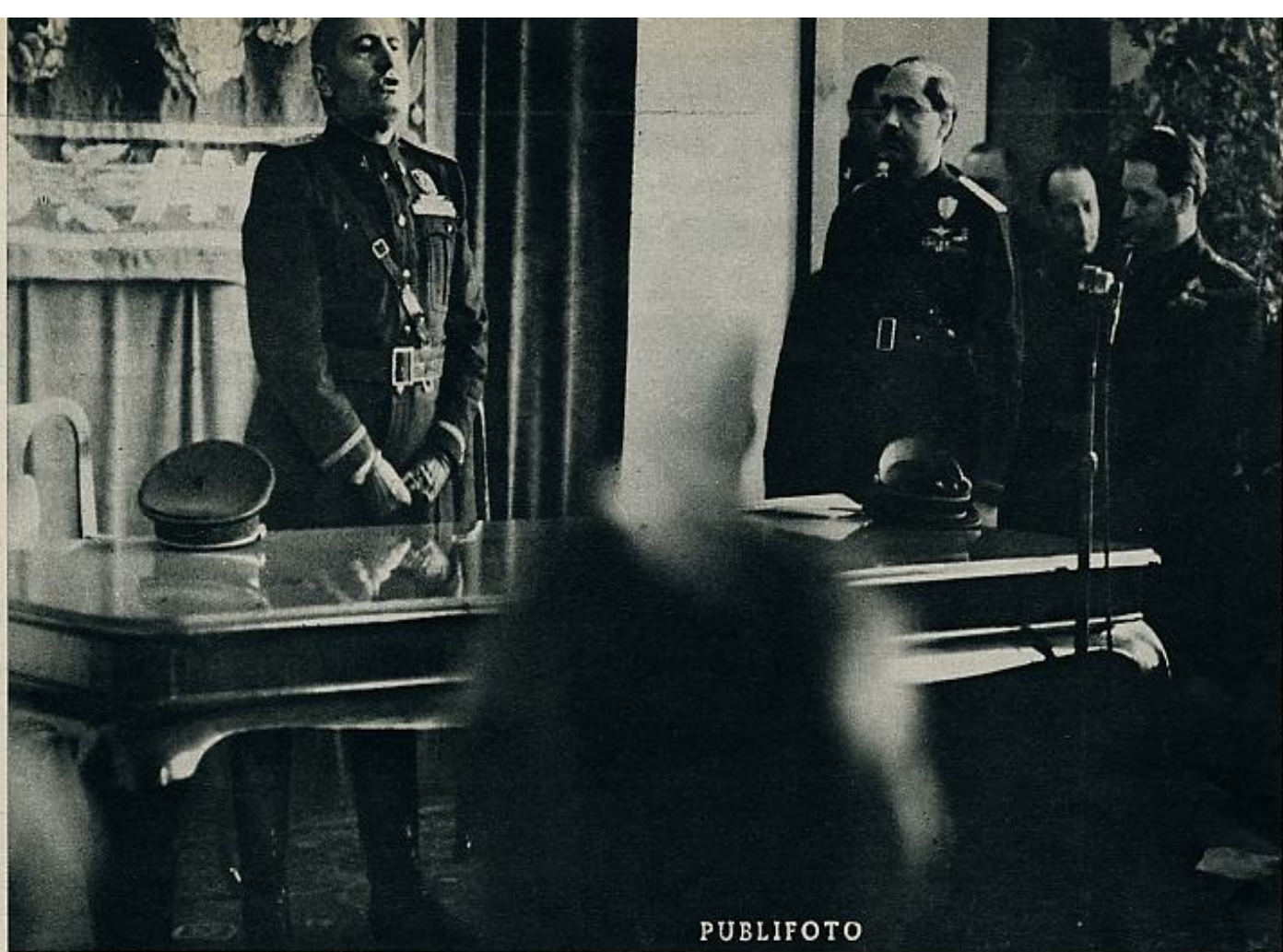
DARRYL F. ZANUCK

presenta

**EL DIA MAS LARGO**

Según el libro de CORNELIUS RYAN  
Realizado por la 20th Century Fox





PUBLIFOTO

Documento histórico. Mussolini inaugurando un curso del Centro Sperimentale de Cinematografía. Tiene a su lado a Alessandro Pavolini, el secretario del Partido Fascista Italiano, que tanta actividad desplegaría para que el proceso de Verona y la ejecución de los condenados se llevaran a cabo.

## VERONA

frentaría con Pavolini, para quien era «desconsiderado» someter al Duce la petición de gracia firmada por los condenados.

Tanto Mussolini como después Pavolini, argumentaron lo mismo frente a Pisenti. No se trataba de un problema jurídico. Había razones de Estado que aconsejaban un depurativo y espectacular fusilamiento. Entrar en las razones de cada uno de los personajes acusados era inútil: todos, como así pobaron ante sus jueces, habían permanecido fieles al fascismo. Alguno, como Gottardi, era un sindicalista que pertenecía al Gran Consejo por razón de su cargo, sin grandes antecedentes políticos en su carrera. La histórica sesión del 24 de julio fue una de sus primeras actuaciones y en ella se dejó llevar por el criterio de la mayoría. El Duce sabía que los procesados eran políticamente —desde las exigencias del fascismo— inocentes. Pero había que demostrar públicamente que la nueva República Social Italiana tenía fuerza, que los más jóvenes tomaban el relevo. Por eso no es extraño que algunos de los viejos fascistas condenados en Verona murieran dando vivas al Duce y vivas a Italia.

Hubo en todo esto un personaje excepcional: el conde Ciano. Quizá sea él una de las primeras razones de este film de Lizzani. Casado con la hija de Mussolini, la jornadas de Verona ganaron, por ser uno de los condenados, un melodramatismo singular. Ciano y su suegro se habían enfrentado tiempo atrás, pero el antiguo minis-

**SIGUE**



La escena corresponde a una de las numerosas intervenciones de Pavolini en el proceso, del que procuró distanciar al Duce para evitar toda remota posibilidad de clemencia.



Otro documento histórico: una foto del verdadero conde Ciano, casado con Edda Mussolini. Fue hecha en 1943, en la época del Gran Consejo Fascista, celebrado en Roma. Cuantos votaron la orden del día serían perseguidos por la República Social Italiana y juzgados en Verona, en cuyos alrededores caería fusilado quien fue figura importante y brillante del gobierno de Mussolini.



Frank Wolff, intérprete del personaje Galeazzo Ciano. El fotograma corresponde a las escenas de la prisión, cuando el conde seguía convencido que Edda, su mujer, se las arreglaría para salvar su vida.

## VERONA

tro de Asuntos Exteriores nunca pensó que el Duce le dejara comparecer ante el pelotón de ejecución. Tanto es así que, cuando fue detenido por las SS, solicitó ser trasladado desde Baviera a Italia, quizá perdiendo con ello toda posibilidad de salvar su vida...

Edda Mussolini había luchado duramente para conseguir que su marido escapase a la muerte. Sus patéticas entrevistas en la Prisión de las Descalzas de Verona daban a Galeazzo Ciano alguna esperanza. Tenía éste a su favor dos armas: la esperada debilidad sentimental del Duce ante las demandas de su hija y un viejo historial fascista. Quizá, sin embargo, había una tercera razón, menos sentimental, por la que podía salvarse: sus memorias. Unas memorias que se presumían terribles para el prestigio del Eje y que, sin duda, serían publicadas apenas Ciano fuese ejecutado. Las memorias estaban en Suiza, confiadas a manos que escapaban a toda violencia. Esto lo sabían los alemanes después de muchos meses de «espionaje» por parte de Frau Beetz, intérprete de Ciano en apariencia, pero con una sola misión: apoderarse del manuscrito del conde.

Para Frau Beetz esto llegó a ser obsesivo. Condenado ya Ciano, Frau Beetz y Edda Mussolini llegaron a un acuerdo con el visto bueno de las autoridades alemanas e italianas. Se trataba de «organizar» una fuga, para que Ciano escapase con su mujer y sus hijos a Suiza. El precio estaba claro: las memorias. La seguridad de que éstas no iban a ser publicadas. Por su parte, Mussolini se zafaba del compromiso. Escapado Ciano, podían ser fusilados los demás sin que nadie le acusase de haber cedido a las presiones de su hija. Otros de los que votaron en Roma contra él no había sido posible detenerlos... Ciano sería, simplemente, uno más de los escapados a este castigo de «los traidores entre los fieles».

Pero el propio Hitler se mostró contrario a esta operación. Entregado Ciano al fanatismo de Pavolini y los más frenéticos, a Alemania le interesaba ejercitar una visible actitud de «no intervención» en el cisma fascista. A Ciano le fue comunicado por la propia Frau Beetz que la fuga no tendría lugar y que su suerte sería la dictada por el tribunal. Todavía Edda Mussolini jugó una última baza. Escribió tres cartas, una a su padre, otra a Hitler y una tercera para el comandante militar alemán en Italia. El precio era siempre el mismo: la vida de Ciano a cambio de los originales de las memorias. Al Duce, la desesperada Edda le escribía: «ten la seguridad de que nunca, y por nada (desde la tisis al accidente de automóvil), oirás hablar de nosotros».

Edda exigía que su marido estuviese en Berna a una hora determinada. Si no sucedía, las memorias de Ciano serían lanzadas al mercado mundial. Las tres cartas fueron depositadas en poder de Frau Beetz. Edda salió de Italia y, con sus dos hijos, pasó la frontera clandestinamente...

Aquella madrugada se cruzaron varias llamadas telefónicas. Mussolini y el comandante militar alemán estuvieron de acuerdo: la petición de Edda no podía ser estimada. Había que correr el riesgo de que las memorias fuesen publicadas... «Ciano está muerto para mí desde hace algún tiempo», dijo el Duce.



Carlo Lizzani solicitó a la propia Edda Mussolini que interpretase su personaje en el film. Ante la negativa, fue elegida Silvana Mangano, a quien vemos en una pausa del rodaje. Edda luchó hasta el último momento por convencer a su padre y salvar a su marido.



Foto relativamente reciente. Corresponde a la boda de la nieta del Duce, Raimonda Ciano, hija de los condes de Ciano. Allí estaban su madre y su abuela, Rachele, la esposa del Duce, que nada hizo por su yerno en el proceso de Verona, que se celebró en esta ciudad a comienzos de 1944.

Alessandro Pavolini, el gran inquisidor del fascismo de Saló, había conseguido su sangrienta victoria: los procesados de Verona iban a ser fusilados. Lo que importaba era darse prisa para que la condena fuese ejecutada. Demostrar que un grupo de jefes había pactado con el rey y con los altos militares —«¡No todos los militares son antifascistas. Algunos llevan veinte años sirviendo al régimen!»—, exclamaría el viejo mariscal De Bono— para traicionar al partido. Y que, para todos ellos, fuese cual fuese su hoja de servicios, su larga serie de condecoraciones, su intimidad con el Duce, existía un mismo castigo: la muerte. Una muerte que ponía a Pavolini y a los jueces por encima de las figuras que definieron y dominaron el fascismo durante más de veinte años...

Pavolini actuó con excepcional energía y diligencia. Al oficial superior a quien correspondía la ejecución, le convenció después de tres horas de argumentaciones. El día 7 de enero, frustrado el plan de huida de Ciano —Hitler había telefonado a Harster, el día 6, ordenándole que no interviniese para nada en las derivaciones del proceso—, Edda Mussolini mandó las tres cartas ya citadas. El día 11, de madrugada, se consumaba la ejecución...

Esta la ha contado don Chiot, el sacerdote de la cárcel de Verona. Los condenados

fueron obligados a sentarse en sillas, el pecho contra el respaldo y dando la espalda al pelotón. Treinta y tantos soldados formaron en el polígono de tiro del fuerte de San Procolo, en las afueras de Verona. Los condenados afrontaron su suerte con serenidad. Sólo Marinelli, que ya había llorado en el proceso y proclamado su vieja lealtad al Duce, fue dominado por una profunda crisis de histeria. Ciano insultaba a Mussolini. Delante iba don Chiot, el sacerdote que ha relatado lo que sucedió aquella mañana. También estaba Frau Beetz, que presenció escondida la ejecución y un operador cinematográfico que rodó, con fines de propaganda (?), la matanza.

Sonó la primera descarga. Los condenados cayeron heridos y convulsos al suelo. Fue necesaria una segunda descarga y una serie de tiros de gracia. La condena se había cumplido. Y a partir de ese mismo momento, pareció que los condenados cobraban una dignidad que no tuvieron mientras fueron colaboradores de Mussolini. (Serrano Súñer escribió al Duce que la ejecución había sido un error político.) La radio dio la noticia, tras la interpretación del himno «Giovinezza». Mussolini, irritado, exclamó: «A los italianos les gusta exhibirse con cualquier motivo. Son salvajes o bufones». Horas antes, en San Procolo, el viejo De Bono había pedido a

Ciano que se calmase en los minutos de la muerte. Ciano, al sentarse en la silla, había dicho: «Quiero que sepa mi familia que muerdo sin tener rencor a nadie.»

Y a la familia de Ciano pertenecían Mussolini y Rachel, los dos contrarios al conde y a su hija Edda en aquellos días de Verona...

Todo esto es lo que Carlo Lizzani, uno de los buenos teóricos del neorealismo, realizador de un episodio, suprimido por la censura, en la famosa «Amore in città», autor de varias películas importantes que no hemos visto en España, va a recoger en «El proceso de Verona». Sus estrellas serán Frank Wolff, intérprete de Ciano; Silvana Mangano, en Edda Mussolini; Giorgio de Lullo —un espléndido actor del cine y el teatro—, François Prevost, Claudio Gora...

El film lleva varias semanas de rodaje. Empezó con el momento en que Mussolini era detenido «en nombre de Su Majestad el Rey», en Villa Savoia, por el capitán de carabinieri, Giovanni Frignani, más tarde fusilado por los alemanes... Empezaba ahí la revisión cinematográfica de una sangrienta etapa del fascismo italiano. A partir de la cual, Verona —esa ciudad que cruza el ferrocarril que lleva de Milán a Venecia— dejó de ser la ciudad asociada a los amores de Romeo y Julieta para convertirse también en el símbolo de una sangrienta purga política.

Mino Benelli